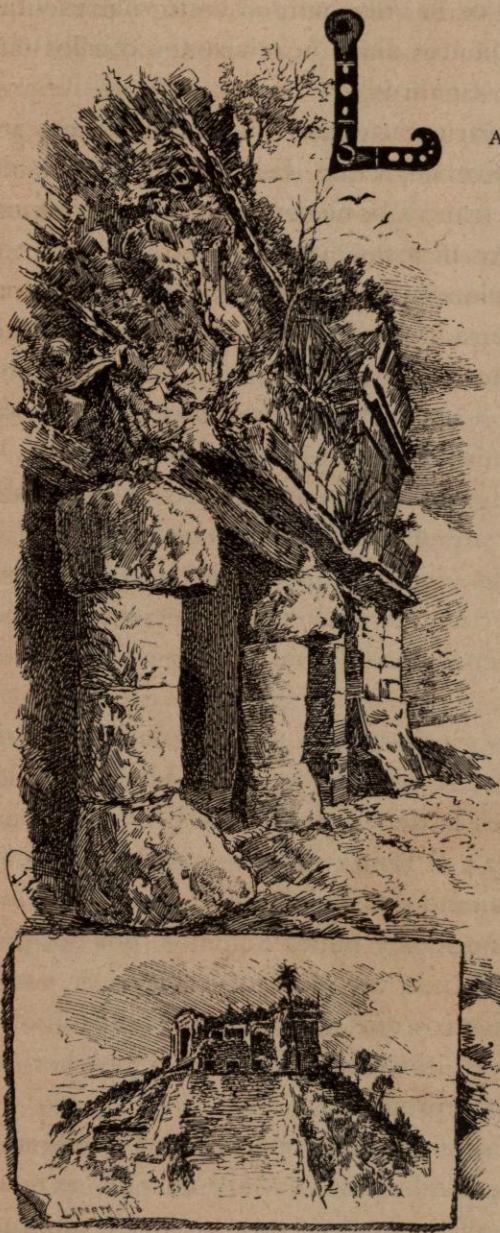


## AMÉRICA PRE-COLOMBIANA

### ANTIGÜEDADES DE LA AMÉRICA CENTRAL



CHICHÉN ITZA.—Pórtico del castillo.—Vista general del mismo.

I

AS imponentes ruinas de edificaciones colosales que en medio de los impenetrables bosques de Yucatán y de las provincias que llamaron Tabasco, Chiapas, Honduras y Guatemala, encontraron los primeros conquistadores españoles, les causaron verdadero asombro, y en algunas de las *Memorias ó Relaciones* que entonces se escribían para comunicar á los Reyes de España noticias de los pueblos sometidos y los progresos de las expediciones, consignaron recuerdos los capitanes y los religiosos que les acompañaban, de la impresión producida por aquellos grandes testimonios de una civilización ya pasada, pero que debió alcanzar un desarrollo considerable.

La comparación del estado cuasi salvaje de aquellos pueblos de costumbres feroces y crueles que encontraron los españoles á su llegada á la América central, con las grandiosas construcciones y magníficos templos que en sus territorios se encontraban, y que no podían haber sido levantados sino por generaciones que hubieran alcanzado una cultura superior, y hubieran llegado á tener un arte propio, con medios industriales suficientes para que pudieran hacerse con la necesaria seguridad y hermosura todas sus manifestaciones, no pudo dejar de fijar

la atención. El contraste entre las costumbres en los salvajes á quien combatían los

españoles y la civilización que representaban los templos y palacios que descubrían, despertó la curiosidad y el interés, que han ido creciendo con los nuevos descubrimientos de otras muchas ruinas aún más importantes que las que de antiguo se conocieron.

«Es evidente, dice un muy celebrado escritor contemporáneo, que las razas salvajes no pudieron ser el origen de las revoluciones de América. Si cabe suponer en decadencia á los disciplinados yucatecas al tiempo de la conquista al contemplar los monumentos levantados en Chichén Itza y Uxmal por sus antecesores, no á razas que desconocían muchas de las primeras artes de la vida, ningún vestigio presentaban de mayor cultura, y hoy, después de trescientos años de relaciones con los europeos, perseveran en sus rudas y bárbaras costumbres.»

Para reunir cuantos datos y noticias son necesarios al examen de las cuestiones arqueológicas que se sostienen, y apreciaciones diversas á que da lugar el estudio de aquellos monumentos, preciso es comenzar por traer á la memoria lo que en las citadas *Relaciones* dejaron consignado los primeros descubridores.

En los primeros pueblos que visitaron los soldados de Hernán Cortés al desembarcar en el territorio mejicano, les habían admirado desde luego los «Kues» ó adoratorios de los indios, levantados sobre pirámides revestidas de piedra labrada y con grandes escalinatas para la subida, que servían á un tiempo de santuarios y de castillos; pero en expediciones posteriores emprendidas después de la conquista de la capital de Moctezuma, fué cuando conocieron algunas de las antiguas ciudades, unas en ruina, otras totalmente abandonadas ya en aquella fecha, que tanto llamaron la atención de los descubridores y continúan siendo objeto de profundos estudios para los viajeros y arqueólogos de nuestro tiempo, con interés siempre creciente, por el gran número de ruinas que cada día se han encontrado y no fueron conocidas en tiempos anteriores.

Una de las mejores páginas entre las muchas gloriosas que presenta la historia de Hernán Cortés, *sin disputa el primer capitán del mundo*, en opinión del historiador Carlos Romey, que no puede ser sospechosa, es la de su expedición á las Hibueras, ó al golfo de Honduras, que hizo en el año 1524 al frente de unos pocos españoles y multitud de indios auxiliares, siguiendo un camino difícilísimo, peligroso, casi imposible á través de terrenos pantanosos, desconocidos y nunca hollados, por bosques cuya espesura ponía miedo, y en los que no pudiendo ver el cielo de día ni de noche tuvieron que guiarse por la brújula. Aun en nuestros días ofrece mucha dificultad á los viajeros y exploradores encontrar y seguir el itinerario que llevó aquel heroico español venciendo obstáculos que no llegan á comprenderse.

De aquella expedición dirigió Cortés una relación bastante minuciosa al Emperador Carlos V, que lleva fecha en Méjico á 3 de Septiembre de 1526; y en ella se mencionan á veces algunos lugares de indios que tenían grandes construcciones, aunque, como más adelante observaremos, debió pasar á cortísima distancia de otras inmensas ciudades, que ya estarían despobladas y en ruinas cuando de ningún modo se le re-

veló su existencia, ni los indios auxiliares le condujeron á su recinto en busca de provisiones de que tan necesitados se vieron.

En toda la carta de relación de Hernán Cortés son pocas las grandes poblaciones de que se hace mérito; y aunque alguna, como la llamada *Chacujal*, en las cercanías del río Polochic, llamó la atención de los conquistadores y aun les impuso por su grandeza, apenas se habla ligeramente de sus casas y adoratorios.

Es complemento muy útil para la perfecta inteligencia de la relación de Cortés, el libro de la conquista de Nueva España que escribió el valeroso soldado Bernal Díaz del Castillo. Después de la conquista de Méjico obtuvo una provechosa encomienda en el pueblo de Coatzacoalco, ó Guazacualco, como él le llama, y al saber la nueva expedición del famoso caudillo, salió á recibirle á más de treinta leguas de la población con otros muchos españoles, y bajo sus órdenes hizo toda aquella penosa campaña. Su relación completa en mucho la de Cortés; pocas noticias, sin embargo, se encuentran en su *Verdadera historia* referentes á la civilización antigua de las provincias casi inexploradas que atravesaron.

Conocido con tales datos el itinerario que siguió Hernán Cortés con su ejército, del que constantemente se destacaban partidas para reconocer los bosques circunvecinos y reunir provisiones, causa gran extrañeza no ver en ellos ni la más leve indicación de ruinas tan asombrosas como las de *Palenque*, *Menché*, *Quiriguá* y *Tikal*, que estaban en el camino que seguía, á corta distancia de algunos de los lugares ó estancias que indudablemente ocupó á su paso. Y hemos dicho ruinas, porque la admiración sería aún mayor, el silencio más inconcebible, si, como algunos suponen, aquellos grandes centros hubieran estado habitados todavía á la llegada de los españoles.

Las primeras ciudades antiguas de que se encuentra noticia cierta por haberlas conocido los capitanes y misioneros, son *Chichén Itza*, *Mayapán* y *Tihóo*; aquella porque la habitó más de dos años el Adelantado Francisco de Montejo; la segunda por lo que de su historia y destrucción refiere el cronista Herrera, cuyo relato se ha confirmado por el de las crónicas Mayas; y la última, por haber edificado sobre sus ruinas el mencionado capitán la ciudad de *Mérida*, que aún existe.

En el año 1527 salió de Sevilla con tres embarcaciones y más de quinientos soldados el Adelantado Francisco de Montejo, tocó en *Cozumel* y desembarcó en la costa oriental de Yucatán.

Según las noticias de tiempos anteriores que entonces se recogieron, tal vez de la tradición oral que allí existiera entre los indios, más bien que de escrito alguno, y dejó consignadas uno de los más antiguos escritores que trataron de la historia de aquellas regiones, el Doctor D. Pedro Sánchez de Aguilar <sup>1</sup>, los primitivos pobladores llamados Mayas,—«fueron tan políticos y justiciosos en Yucatán, como los mexicanos, cuyos vasallos habían sido *seiscientos años antes de la llegada de los españoles*.» De lo cual tan solamente hay tradición y memoria entre ellos por los famosos,

<sup>1</sup> Informe contra *Idolum cultores* del obispado de Yucatán. Madrid, 1639, fol. 87.

»grandes y espantosos edificios de cal y canto y sillería, y figuras y estatuas de piedra  
»labrada que dejaron en Oxumual y en Chicheniza, *que hoy se veen y se pudieran*  
»*habitar.*»

Entró Montejo en relación con los Cheles, caciques de una buena población llamada *Tirröh*; y bien le avino, porque eran las de aquella provincia gentes pacíficas y poco inclinadas á la guerra:—«dando pues á entender á los Cheles que pretendía más su  
»provecho que daño, *le mostraron el asiento de Chicheniza*, que estaba siete leguas  
»de allí la tierra adentro, y dándole satisfacción, acordó de parar en él... El Ade-  
»lantado... hizo llamamiento de los señores de la tierra y pidió que le ayudassen con  
»gente para edificar su pueblo. El qual brevemente con la ayuda que le dieron fué  
»edificado al modo que por entonces se sufría, con las casas de madera y las cubier-  
»tas de hoja de palma y paja larga, como los indios hacían las suyas»<sup>1</sup>.

Contraste notable debieron formar estas humildes viviendas con los suntuosos edi-  
ficios que más ó menos arruinados se conservaban en *Chichén Itza*, ciudad antigua y  
que por más que estuviera en gran decadencia y falta de población, no puede decirse  
que se encontraba enteramente olvidada á la llegada de los españoles; y el mismo  
cronista Herrera nos conservó la prueba de ello.



CHICHÉN ITZA.—Zenote de los sacrificios.

Después que los castellanos hostilizados por los indios y con enormes pérdidas abandonaron aquella región en el año 1531, sobrevinieron grandes faltas de agua en toda la tierra de Yucatán, y los caciques de Maní «acordaron de hacer un solemne sacrificio  
»á los ídolos, llevando ciertos esclavos,  
»hombres y mugeres, á echar en el pozo  
»de Chicheniza...»

La ciudad era muy antigua, y aunque se conservan noticias de que había sido destruída y abandonada en varias épocas, siempre se había vuelto á poblar y recobraba su importancia, sin duda por la veneración que conservaban á sus ídolos y á sus famosos *zenotes* ó pozos, como lo demuestra la noticia citada.

Es conjetura bastante probable que la fundación de *Chichén Itza* puede remontarse á los siglos VII ú VIII de la Era cristiana. Por ese tiempo, los Mayas que siglos antes habían ocupado la América central, sin saberse de donde vinieran, aunque decían indios de discreción haber oído á sus antepasados *que aquella tierra habían poblado ciertas gentes venidas por la parte de Oriente*, habían llegado á un grado de civilización de relativo adelanto y se extendieron por toda la península de Yucatán.

<sup>1</sup> Herrera. Dec. IV, lib. III, cap. III.

Opiniones hay muy respetables que lo contradicen, de las cuales más adelante hemos de hacernos cargo; esto, sin embargo, es casi cierto, así como lo es también que empujados luego por otra inmigración mejicana, que se cree fuera la tolteca, quedaron subyugados tras de largas guerras, cuya duración igualmente se desconoce, empezando para ellos el período de decadencia. La lucha de razas no se extinguió; y aún continuaba á la llegada de los españoles, á los que sirvió de poderoso auxiliar para la conquista del territorio la rivalidad entre los pueblos que lo ocupaban.

En la última destrucción de la ciudad, los itzaes se internaron al centro y establecieron su capital en el lago Petén fundando á *Tayasal* en la isla que aquél formaba y allí los encontró Hernán Cortés.

La antigua capital de Yucatán que se llamó *Mayapán*, ó sea la bandera Maya, estaba situada algo más al centro de la península, y conservó su primacía, según parece, hasta setenta años antes del descubrimiento, en que también por consecuencia de guerras civiles fué abandonada y los muchos caciques que de ella salieron, llevándose cada uno, según puede comprenderse, los libros que importaban á su tribu, dieron principio á otros muchos pueblos. Esto demuestra la grandeza de aquella capital. Los datos que sobre ella ofrece Herrera parecen tomados de las primitivas *Relaciones* que todavía no se conocen por completo, pero se van publicando poco á poco por cuidado de los entendidos.

Después de narrar las luchas intestinas entre los Cocomes y los Tutulxiús, recuerdo de los odios entre mejicanos y mayas, escribe:—«desampararon la ciudad <sup>1</sup> deseando »cada señor vivir en libertad en sus pueblos, *al cabo de quinientos años que se fundó:* »en la cual abian vivido con mucha policia: y avria que se despobló, *según la cuenta de »los indios*, hasta que llegaron los castellanos á Yucatán setenta años. Cada señor procuró de llevar los más libros que pudo de su ciencia á su tierra, á donde hicieron »templos, y esta es la principal causa de los muchos edificios que hay en Yucatán.»

Puede juzgarse por tanto, y es dato que podremos utilizar más adelante confrontando ambas relaciones, que *Chichén Itza* era de más antigua fundación que *Mayapán*, que sus edificios se conservaban mejor y en disposición de ser habitados, y que sus ídolos continuaban siendo objeto de culto, por más que esta última ciudad sólo había quedado despoblada sesenta años antes de la conquista.

Poblaron á *Chichén Itza* los Itzaes, y á *Mayapán* un cacique denominado Cuculcán, en la crónica, que años adelante se volvió á Méjico por el mismo camino que había traído.

Herrera decía que las provincias de la tierra de Yucatán eran dieciocho, y que en todas se habían hallado tantos y tan grandes edificios de cantería que espantaban; «de donde se infiere que esta tierra fué de mucho lustre, y admira que no hallándose en ella »ningún género de metal, se hayan podido labrar tan grandes edificios, los cuales parece haber sido templos, porque sus casas siempre las usaron de madera y paja.»

Esas edificaciones imponentes, esos templos cuyos muros cuasi ciclópeos cubiertos de

<sup>1</sup> Herrera. Dec. IV, libro X, cap. II, al fin.

tallados adornos de un género extraño, de figuras é inscripciones jeroglíficas, son ahora objeto de tan profundos estudios y producen tan encontradas apreciaciones, no fueron despreciadas por los primeros conquistadores españoles, como vulgarmente se ha venido escribiendo y aun en nuestros días repite el historiador Rodolfo Cronau <sup>1</sup>, no pasaron inadvertidos á sus ojos y de muchos de ellos dejaron noticias interesantes.

También las tenemos de la importancia de alguno de esos edificios. En la *Relación de la villa de Valladolid de Yucatán*, escrita por el Cabildo de aquella ciudad á virtud de órdenes del Rey Don Felipe II, en Abril del año 1579, y según interrogatorio que se envió de la Metrópoli, se habla en varios lugares de las antigüedades; pero particularmente respondiendo al capítulo XIV entre muchas noticias curiosas, se dice:

—«A ocho leguas de esta villa están unos edificios llamados *Chichiniça*, en los cuales hay un *cú* hecho á mano, de cantería y albañilería, y en este cerro hay el mayor edificio: noventa y tantos escalones, escalera toda á la redonda hasta subir á la cumbre de él; será de alto cada escalón poco

»más ó menos de una tercia; encima está una manera de torre con sus piezas; este *cú* cae entre dos zenotes de agua muy hondables, el uno de ellos llaman el *zenote del sacrificio*; llamóse *Chichiniça* á imitación de un indio que al pie del zenote del sacrificio vivía, se llamaba Alquin Itza. . . . .

» . . . . .  
» . . . . .

»Adoraban unos ídolos hechos de barro á manera de jarrillos y de

»macetas de albahaca, hechos en ellos de la parte de afuera rostros desemejados; quemaban dentro de éstos una resina llamada copal, de gran olor <sup>2</sup>.»

Esto era *Mayapán*, esto fué *Chichén Itza*, con muchos más datos que pueden verse en Herrera, en la *Relación* citada y en otros documentos oficiales que se conservan y algunos se han publicado.

<sup>1</sup> Algunas de dichas ruinas fueron conocidas por los conquistadores, los cuales hicieron poco aprecio de ellas, sin entretenerse siquiera en descifrar los históricos jeroglíficos, preocupados únicamente en satisfacer la sed de oro que les dominaba, por cuya causa son muy vagas las noticias que acerca de las tales ruinas nos han dejado. Sólo á los exploradores del presente siglo les ha sido dado descubrir y levantar del polvo de las pasadas edades en que yacían sepultadas estas maravillas del hombre prehistórico.—AMÉRICA. *Historia de su descubrimiento*, por Rodolfo Cronau.—Barcelona, 1892.

<sup>2</sup> Se insertó esta *Relación* en las *Actas del cuarto Congreso de Americanistas*, Madrid, 1881, por haberla presentado el doctor D. Sebastián Marimón, y se hizo de ella una corta tirada aparte.



Basa de columna en Chichén Itza.

De *Tihóo* también hay descripción muy interesante, y los restos sirven al docto explorador Stephens para formar su juicio de que las ruinas de las edificaciones y monumentos de Yucatán y de la América central, son relativamente modernos, contradiciendo la opinión de los que le atribuían remotísima antigüedad.—Como nuestro objeto principal es ocuparnos de esta cuestión arqueológica, vamos á recordar lo que de *Tihóo* dejaron escrito los misioneros españoles, y lo que el mismo Stephens asegura á la vista de aquellas construcciones, como lo hemos hecho con la de *Chichén Itza* y *Mayapán*; pues estos son los datos principales que pueden influir en la resolución del problema, por eso los vamos presentando con alguna extensión y con la posible claridad <sup>1</sup>.

Al referir el P. Cogolludo en su historia de la conquista de Yucatán, la fundación de Mérida, consignó que á la llegada de los españoles después de porfiada resistencia á la ciudad india *T'hóo* ó *Tihóo*, encontraron muchos cerros hechos á mano y que en uno de ellos, que era el mayor, que estaba en la cuadra que hoy hace frente á la Santa Catedral, asentaron su real para más seguridad. No lejos de aquél existía otro y entre los dos se empezó á fundar la ciudad. «Entre aquel cerro, dice <sup>2</sup>, y otro como »el hecho á mano que está á la parte oriental de la ciudad, se determinó fuese fundada; y eran tan grandes, que con la piedra que había en el que estaban, se obraron cuantos edificios hay en la ciudad, con que quedó todo el sitio llano que es la »plaza mayor hoy y sus cuadras en contorno, y con la del de la parte oriental se edificó nuestro convento por caerle cercano; después se han hecho muchas casas y todo »el convento y iglesia de la Mejorada, que también es nuestro, y tiene material para »otros muy muchos que se quieran fabricar.»

La Catedral y la casa de Montejo, que todavía se conservan, fueron también fabricadas con piedras de aquellas pirámides ó cerros hechos á mano, como los llama Cogolludo.

Los *cúes* eran tantos que dificultaban el trazado de las calles y sobre uno de ellos se levantó el convento de San Francisco, conservando un rarísimo arco de las antiguas construcciones que ha dado mucho que pensar y discutir á los exploradores.

«Está situado, dice el referido historiador <sup>3</sup>, en un cerro pequeño de los muchos »que había hechos á mano en esta tierra, donde estaban unos edificios antiguos cuyos vestigios hoy permanecen debajo del dormitorio principal.»

La fundación de *Uxmal* se menciona como de época relativamente moderna en las series de Katúns, del libro de Chilám Balám publicado por Brintou bajo el título general de *The Maya Chronicles* <sup>4</sup>; y aunque también hace referencia á sus asombrosas construcciones un documento español del año 1674; esto no impide que un reciente historiador <sup>5</sup>, hoy en manos de todos, asiente con la mayor seguridad, que,—«El

<sup>1</sup> *Incidents of travels in Yucatán*.—New-York, 1843, tomo I, pág. 94.

<sup>2</sup> *Historia de Yucatán, escrita en el siglo xvii* por el Rdo. P. F. Diego López Cogolludo, Provincial que fué de la Orden franciscana. Mérida. Aldana Rivas, 1867. Dos tomos en 4.º Lib. III, cap. VII.

<sup>3</sup> Loc. cit. Lib. IV, cap. XII.

<sup>4</sup> Filadelfia, 1882, en 4.º

<sup>5</sup> *América*, por Rodolfo Cronau, Barcelona, 1892.



UXMAL.—Ángulo de la casa de las Monjas.

hallazgo de una de las más hermosas y magníficas de estas ruinas fué debido á la casualidad»,—y lo atribuya al doctor Lewis Mitchel, que volviendo de una expedición y sorprendido por lluvia torrencial, fué conducido por un indio á un antiguo templo pagano, situado en la espesura del bosque. «Las ruinas que ha-  
»bía descubierto eran las de Uxmal, aque-  
»lla maravillosa ciudad de los palacios,  
»que á no ser por la lluviosa noche del  
»1.º de Noviembre de 1828, *hubiera pro-*  
»*bablemente permanecido oculta é ignora-*  
»*da quizás durante siglos*, entre las es-  
»pesuras del bosque virgen que por todas  
»partes la envolvía.»

El suceso del doctor Mitchel podrá ser cierto; mas no lo es la consecuencia. El documento español que lleva, según dijimos, la fecha del año 1674, es la cesión hecha por el Rey de España de varios terrenos á D. Lorenzo de Evia; y éste al tomar posesión, asegura, «que  
»formando un establecimiento en Uxmal,  
»se impedirá á los indios de la localidad  
»adorar al demonio *en los edificios que*  
»*allí hay, ó á sus ídolos...*»

Los edificios de Uxmal fueron conocidos por los españoles, y como son de tal magnitud, grandiosidad é importancia, no pasaron inadvertidos para los historiadores.

Además de las construcciones reseñadas con más ó menos minuciosidad por los descubridores en sus relaciones, se han ido conociendo posteriormente, y más bien por declaraciones de los indígenas que por otros medios de exploración, muchas ruinas de extraño carácter y grandeza, que descritas cada vez con mayor interés por los viajeros de todos los paí-

ses, son objeto de estudios profundos por parte de los sabios, en el deseo cada vez



más vehemente de investigar las inmigraciones que puedan conocerse en el territorio de la América central, el adelanto de aquellos pueblos que llegaron á poseer un arte propio, cuyas manifestaciones hoy asombran, las causas de su decadencia, su antigüedad, su origen, su culto y ceremonias, y todas las nociones en fin que interesan á la etnografía y paleontología, y á cuantas ciencias con ellas se enlazan.

La cuestión de la antigüedad de los monumentos y del origen de los pueblos que los levantaron, ha dado en la época presente pasos importantes por más que diste todavía mucho á nuestro entender de poder resolverse. Vamos á indicar de un modo concreto su estado actual, dejando consignado como base en este primer artículo lo que en sus memorias escribieron los primeros descubridores.

José María ASENSIO

